

Capítulo sobre la Regla de San Benito – CFM – Roma 25.08.2011

Después de la confianza en el padre y maestro y la oración insistente, quisiera resaltar otro punto en el Prólogo de la Regla para llegar siempre de una forma nueva a la verdad de nuestra vocación. Lo definiré: el encuentro entre la sed de nuestro corazón y el Evangelio.

San Benito nos describe, ante todo, a un Dios a la búsqueda del hombre, a la búsqueda del corazón del hombre, sediento de vida y felicidad: “El Señor, buscando su obrero lo llama entre la multitud y le dice: ¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices? (Pról 14-15; Sal 33,13).

Esta imagen de un Dios que se hace buscador del corazón del hombre entre la multitud, buscador del corazón que Él mismo ha creado deseoso de vida y de felicidad, es una imagen cristológica del Dios que se ha hecho hombre, “vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10). Con el pecado, el hombre ha perdido la vida y la felicidad, y su corazón tiene nostalgia de esto, lo busca. Pero muchos sofocan y reprimen esta sed de vida y de felicidad que habita en nuestro corazón. Cristo ha venido a buscar este deseo y a satisfacerlo. ¿Cómo? Dándose a sí mismo como Camino, Verdad y Vida del hombre. Y esto es el Evangelio, la Buena Noticia de que Jesucristo quiere alcanzar cada corazón humano para darle la vida eterna y la felicidad sin fin, es decir, para darle el sentido de la vida.

Por esto, después de haber mencionado la búsqueda de Dios de nuestro corazón sediento de vida y felicidad (“¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días felices?”), san Benito nos invita a seguir el camino de Cristo “guiados por el Evangelio – *per ducatum Evangelii*” (Pról 21). Como para decir que comenzamos a seguir el camino de nuestra vocación en el momento en el que nuestro deseo de vida y de felicidad se encuentra con el Evangelio de Jesucristo, es decir, cuando encuentro en él la respuesta adecuada, lo que verdaderamente nos puede conducir a la vida y a la felicidad.

Para san Benito, El Evangelio no es un libro, no es un conjunto de escritos, no es un mensaje, ni una doctrina ética. El Evangelio es Cristo mismo que nos invita a seguirlo en su camino: “Guiados por el Evangelio, sigamos sus caminos (los caminos del Señor), para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su Reino” (Pról 21).

El Evangelio nos conduce por el camino y hacia el Reino en el que nuestra sed de vida y de felicidad se satisfaga al ver al Señor, en la contemplación de su Rostro. El Evangelio nos conduce por el camino en el que podamos ver el Rostro de Cristo. No sé si san Benito pensaba aquí en el camino de los discípulos de Emaús. Han caminado con el Señor resucitado que les hablaba, hasta el punto de recibir la gracia y la alegría de reconocerlo, de ver su Rostro resucitado. De todos modos, el episodio de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35) es una escena que describe perfectamente el sentido y el fin del camino que propone la Regla de san Benito, porque es un camino con Cristo, en tensión para escuchar cada vez más y mejor su Palabra, para poderlo ver, para poderlo reconocer presente con nosotros y en medio de nosotros. Porque es esto lo que responde a nuestro deseo de vida y felicidad.

Al principio, los discípulos de Emaús están tristes y no hablan más que de muerte. La presencia misteriosa y la palabra del Señor vuelve a encender en su corazón la vida y la alegría, y cuando lo reconocen, están tan vivos y felices que echan a correr para anunciar la plenitud que han encontrado.

El hecho de que san Benito nos pida al inicio de la Regla dejarnos conducir por el Evangelio nos debe hacer conscientes que en el fondo nuestra vocación no consiste en seguir la Regla, sino el Evangelio. La Regla debe servirnos para dejarnos guiar mejor por el Evangelio, es decir, por Cristo mismo que camina con nosotros y nos habla. Quizá los momentos de más grande crisis en la historia de nuestra Orden y de nuestras comunidades se dan precisamente cuando la observancia de la Regla prevalece sobre el seguimiento del Evangelio. Entonces, la vocación se reduce a la fidelidad a unos preceptos, a unas reglas, y pierde su dinamismo de camino con el Señor, con aquel Señor resucitado que nos acompaña con infinita paciencia, que nos reprocha por ser necios y torpes de corazón para creer, pero que sabe muy bien que, precisamente por esto, tenemos necesidad de tanta paciencia, de una palabra que nos ilumine, de la gracia y del amor que nos haga arder el corazón y, sobre todo, de verlo, de reconocerlo cuando menos lo esperamos.

El fin de la vida, de la vocación, de la Regla, de toda la Iglesia, es ver a Cristo, reconocerlo vivo y resucitado en medio de nosotros. Porque es esto lo que nos llena de vida y de alegría y, por tanto, es para esto para lo que el Señor nos ha buscado, llamándonos entre la multitud.

Pero no debemos olvidar que Dios, en la multitud, busca del mismo modo a cada hombre, no solamente a nosotros, porque ha dado a cada hombre un corazón que quiere la vida y desea días felices. Si algunos sienten esta llamada un poco más fuerte, hasta el punto de responder “yo” con más decisión, hasta entrar en el monasterio, no debemos olvidar que el Señor, que ama uno por uno a cada ser humano que crea, no se contenta solamente con nosotros, no se contenta con dar la vida y la felicidad solamente a nosotros. Él continúa buscando y llamando entre la multitud, y nosotros, que hemos respondido más o menos bien, o hemos comenzado a responder, nos convertimos como en responsables y cooperadores del encuentro entre el deseo del corazón de Dios y el deseo, a menudo apagado, del corazón de cada ser humano.

El Señor une nuestra vida al ansia de su Corazón, de su pasión por la salvación de todos. Así pues, acoger del Señor la vida y la felicidad no es un hobby para ejercer cuando tenemos ganas y tiempo. Es nuestra gran misión como hombres y mujeres que reciben en san Benito la gracia de encontrar el camino que nos lleva a satisfacer en el Rostro de Cristo nuestra sed de vida y felicidad. Este camino es verdadero si nuestra vida se convierte en instrumento del Señor, que busca y llama a la vida y a la felicidad en él a cada corazón perdido y abandonado en la inmensa multitud.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist*